



CAPÍTULO PRIMERO

Castillo de Bellver (1)

A media legua de Palma, álzase el castillo de Bellver en una de las posiciones más pintorescas que á todo monumento puedan desearse. Ocupa la cumbre de una colina de todas partes desgajada; el mar lame su falda por mediodía; hacia el oriente la ciudad hace ostentación de sus cúpulas y chapiteles; y á poniente y norte tiéndese la cultivada llanura, y asoman las crestas tapizadas por el variado verdor que las fuerza á producir la mano del hombre. Una frondosidad más vistosa que densa

(1) La historia y la descripción de los monumentos de Mallorca ejercitaron la pluma del gran Jovellanos, que los hizo conocidos y estimados, tratándolos con

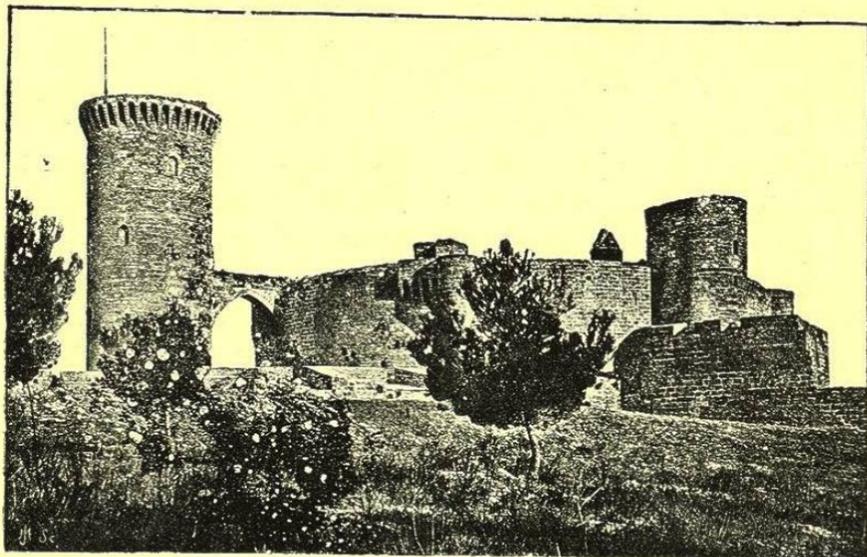
viste las laderas y deleita los ojos, como si aquella base florida y ricamente matizada estuviese diciendo cuánto se envanece de sustentar su corona torreada, que tal parece el fuerte á quien de lejos lo mira. El verde pardo del pinarete armonízase con el empañado del acebuche, y sobre las variadas y amarillentas breñas y matorrales desparraman los algarrobos sus hojosas y lucientes cabelleras. El que por entre esa arboleda trepa á la cumbre cuando los rayos del sol naciente reflejan en las hojas húmedas del rocío, si ve á lo alto las torres enrojadas, fácilmente evocará en su fantasía la imagen de aquellos castillos que á un impulso mágico rompiendo la niebla aparecían de repente con sus almenas de oro á los ardidios paladines, ora por entre la espesura de una selva anduviesen buscando la mansión donde una grande aventura había de lograrse, ora despertando del blando sueño que les sobrecogió en barco encantado saltasen á la playa desierta, y con duda y ansia aplicasen la oreja

las cualidades de que rara vez dejó de hacer muestra, es decir, con elegancia, minuciosa exactitud, interés y conciencia grande. En todas aquellas memorias probó el ilustre desterrado cuánto presentía la verdadera belleza y los principios, que en otros países y después fundaron primeramente la crítica, regeneraron la literatura, y creando nuevas miras y por consiguiente nuevas sendas y nuevos procedimientos, desarrollaron la estética é hicieron la restauración del arte. Este presentimiento, si de tal y no de sentimiento estético y tacto profundo puede calificarse, alcanzó en Jovellanos como en nuestro compatriota Capmany tal grado de claridad y fijeza, que como sistema enteramente demostrado y desarrollado trascendió á las particularidades de detalle y de los lineamientos, y á la propiedad más exacta y rigurosa de la nomenclatura. Pero entre todas esas memorias descuella la de Bellver, ya por lo acabado de la descripción, ya por la abundancia de datos históricos, ya también por la manera con que trató su asunto, bien como de una mansión que á todas horas veía, y en cuyo examen encontraba alguna distracción ya que no esparcimiento aquel ánimo bueno y generoso. En ella es donde con más limpieza é intención, guiado de una intuición verdadera, resucitó los recuerdos de la Edad media, no ya por vía de indicación ni con inseguros toques debidos más bien á la tolerancia que á sus convicciones, sino contorneando perfectamente las figuras, vistiéndolas con gran delicadeza á la usanza antigua y gozándose con mucho amor en evocarlas. Nadie hoy en día, ni aun contando con el gran talento y recursos que adornaron á Jovellanos, podría sin nota de osado é imprudente lanzarse á competir con él en este asunto: nosotros que amamos y veneramos su memoria, sólo muy por encima hemos de tocarlo, y únicamente para hacer conmemoración de la pura y copiosa fuente que á los descoscos de más datos y anchos límites convida.

para asir el menor ruido que de los silenciosos y pulidos torreonos saliese. Cuando el sol se hunde en las aguas tras los opuestos montes, el negro perfil del antepecho dibújase en el aire, la masa toda del castillo esparce su sombra por la pendiente y acrece la que ya causan los árboles, y el alto Homenaje, destacándose del resto, vislúmbrase como una aparición gigantesca, ó como albergue de peligrosos lances y encantamientos, mientras el puente que lo une al muro traza una línea aérea é incierta, que muy bien se aviene á lo oscuro y arriesgado de las sendas por donde crónicas y romances nos narran que pasaron caballeros á dar cima á los más altos fechos y á deshacer los conjuros más espantables.

Es esta fortaleza de forma circular, y de su muro sobresalen tres grandes albacaras redondas, que á manera de cruz interiormente se corresponden, bien que ocupa el sitio donde debiera estar la cuarta la cabeza del puente que conduce al Homenaje. En los lienzos que entre ellas quedan, sube arrimado al muro un pilar, que rematando en un grueso collarino recibe y apea el cono truncado que á su vez sustenta un garitón resaltado al nivel de la plataforma. Al de la explanada comienza un talús muy inclinado, que descende á sumirse en lo más hondo del foso y en otro tiempo debió de exponer descubiertos á los tiros de las ladroneras á los que subían al asalto. Mirando al norte levántase más alta que el resto del fuerte la torre del Homenaje, que ligera, gallarda y á la par robusta queda aislada, bien como guarda constante del edificio y cual si adrede convidase á un cotejo entre su aire y elevación y el aspecto macizo de la muralla y de sus cubos. Rodéala abajo el mismo talús, que como allí aparece circular y mayor, la comunica gran majestad y no poca ligereza y osadía, y cíñela en lo alto una corona de grandes modillones, que antiguamente sostuvieron la ladronera corrida y formaron sus aberturas. Dos anchas arcadas, echadas á cosa de su mitad, la enlazan con el muro, y tal vez sirvieron antiguamente de apoyar un puente levadizo, fijo aho-

ra. Afuera, la explanada marca en su borde la configuración de este recinto; y un contrafoso ó barbacana, modificada en parte con baterías modernas, de todo punto lo cierra y lo completa. La profundidad, ó si cabe decirlo, negrura de la cava, el ancho vientre del talús, la aparente robustez de la muralla, las fuertes albacaras, los gruesos pilares y garitones, y aun las pocas ven-

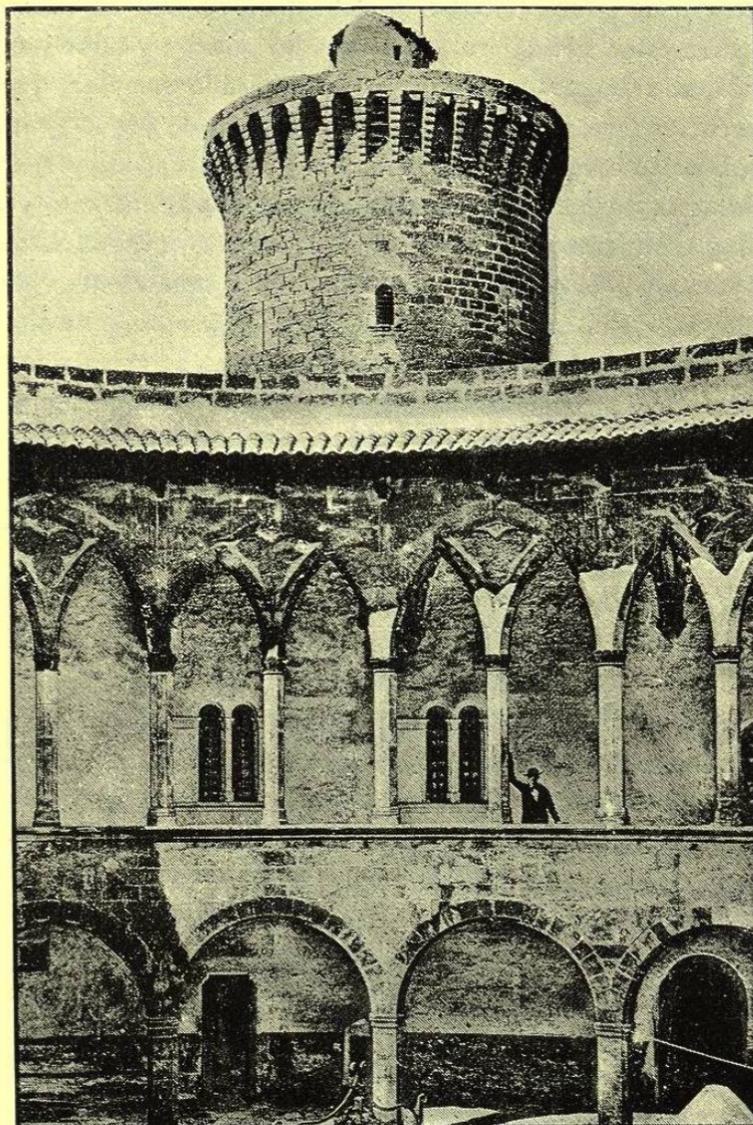


CASTILLO DE BELLVER

tanás antiguas que á trechos allí se abren, dan al todo cierta grandiosidad que causa impresión sublime y profunda en quien lo contempla, cuanto más, habiendo la mano de los siglos pintádolo con sus colores é impreso en él aquellas señales de decrepitud que son tan venerables y poéticas como funestas á los edificios.

Dos círculos concéntricos al del muro forman el interior: el uno cierra las habitaciones comprendidas entre él y la muralla, y las separa de la galería (a); el otro se compone de las arca-

(a) Todas de una misma fábrica, sea más alto ó más humilde su destino, tie-



PATIO DEL CASTILLO DE BELLVER

das de ésta, que se abren alrededor de un patio central. La bóveda de entrambas partes, dividida por arcadas que rectamente van de la una pared á la otra, lleva en los espacios que hay entre éstas arcos cruzados al estilo gótico; y unas y otras fenecen, se reunen y se apean en una repisa ó imposta, que en la pared y sobre los pilares los recibe. Son de ver la gracia y la proporción con que aquella serie de arcos van siguiendo la degradación á que los fuerzan los círculos concéntricos, y ella es tal y con tanto acierto combinada, que á primera vista no fácilmente se deja percibir ni del observador más atento y experimentado. En la misma pared medianera hay en el piso alto de la galería ventanas ajimeces partidas por una columna que sostiene sus dos arcos semicirculares, una y otros compuestos de un regular cilindro y de algunos filetes. Si caben en el género gótico carácter determinado, originalidad y buen efecto, de todas esas prendas hace alarde la parte exterior de la galería que ciñe el patio. Veinte y un arco semicircular, de que consta el piso inferior, sostienen el segundo que en otras tantas ojivas recibe la techumbre. Pero más delgados sus pilares que los sólidos machones de abajo, admiten y en cierta manera demandan en el centro de la arcada otro pilar que á su vez la divide en dos ojivas menores; y como el arquivolto está fuertemente marcado en la parte exterior y de ningún modo se confunde con los dos arcos pequeños que cobija, vistos de lejos semejan dos filas de arcadas distintas, que contrapuestas en sus claves

nen puerta á la galería, y se dividen entre sí por radios, formando segmentos de círculo: las salas pueden aislarse ó ponerse en comunicación, ampliarse ó reducirse, sólo con cerrar ó abrir, con retirar ó avanzar los tabiques medianeros. Al exterior por un lado y á la galería por el otro dan las ventanas, ó más bien ajimeces de doble arco semicircular, todas iguales en tamaño y forma, como lo son á las pocas que restan en el gemelo real palacio de la ciudad: algunas de Bellver, cuándo y dónde menos se debía, se han trocado en raquíticos balcones. Hubo estancias antiguamente con pinturas, según aparece en las cuentas de fábrica de muchas partidas de huevos con expresión de servir para preparar colores, y junto con las del alcázar de la Almudayna corrieron bajo la dirección de un mismo artista, *Francisco Caballeri*, como leyó Jovellanos. La capilla, dedicada desde su origen á San Marcos, ocupa cinco huecos de bóveda, y en nada se distingue sino por su arabesca reja ó celosía.

y pilares se cruzan y se cabalgan con no poco efecto y armonía. No suben de la base bocelos ni filetes á guarnecer los pilares y los intrados: el corte octágono de aquellos sirve para entrambos, y sólo se deja interrumpir por los raros capiteles, que guardando la misma forma pero con algún ensanche en su parte superior, van guarnecidos de molduras en los bordes y tienen entalladas labores sencillísimas, que no podemos calificar ni de hojas ni de combinaciones geométricas. Esa severidad también reina en las claraboyas de triple abertura practicadas en las enjutas que los arcos menores forman en su arranque debajo de la clave de los mayores; y lo mismo que en el resto del edificio compénsanla el aire original que ostentan y el buen efecto que producen. La forma gótica dió sér á esta galería; sus proporciones no andan reñidas con la elegancia, y la disposición de sus partes es rigurosamente tal como la exige aquel género: mas ¿quién podría confundirla con las fábricas de igual naturaleza que el genio de la Edad-media edificó junto á los templos del Señor, en la morada de los reyes y de los poderosos, en los palacios de la justicia y en las casas de las diputaciones y consejos? Su carácter sencillo y robusto claramente está diciendo su destino; y si sus ojivas y sus bóvedas respiran aiosidad y gallardía, una y otra de tal manera se combinan con lo grueso de las dovelas y de los pilares y con su corte severo, que muy bien se conoce que así habían de embellecer los ojos y alegrar el ánimo como de resistir la furia del batir y de los asaltos.

Esta buena mezcla de elegancia y robustez también induce á creer que no tan sólo para la defensa de aquella parte de la isla mandó erigir el castillo el rey D. Jaime II, sino que aun lo destinó á ser casa de placer de la corona; con lo cual justificó el poético y significativo nombre que á su magnífica situación debía (1). Comenzó á construirse en los postreros años del si-

(1) *Bellver* en catalán antiguo significa *Bella vista* (a).

(a) *De Pulchro Visu* se le llama en los documentos latinos.

glo XIII ó más bien en los primeros del XIV, al mismo tiempo que en Palma se convertía en palacio el alcázar de la Almudayna; y pues el pintor Francisco Caballer, que decoraba las cámaras de la señora reina y de madonas las infantas, hermoseó á la par las embovedadas habitaciones del castillo, lugar hay á suponer que el arquitecto *Pedro Salvá*, en 1309 director de las obras de Bellver, lo era también de las del palacio (a).

Aquí moró un escritor ilustre, arrebatado á su patria por la intriga cortesana; y aquí aquel su grande espíritu poético y apreciador de la belleza se reencendió con mayor fuerza que nunca á la vista del monumento que le aprisionaba, y dió repetidas muestras de sí y de su pureza é intensidad cantando su misma cárcel con tonos tan armónicos y poderosos, que tal vez no de todos gozados ni comprendidos en su tiempo, pasaron más allá á despertar el sentimiento estético y, si así puede decirse, á fecundar el germen de verdad y vida en la generación que había de sucederle: cosa digna de recordación y loor, ejemplo rarísimamente ofrecido y sólo dado á la serenidad y quietud de la conciencia, que ni el dolor presente de su caída y desgracia, ni la tristeza ni las privaciones de su cautiverio fuesen parte para embargar ni turbar aquel su claro juicio y su imaginación apaciblemente fecunda. ¿Será que apartado de los negocios y

(a) Consta por un libro del Real Patrimonio de aquel año que en 25 de Marzo trabajaban en ellas activamente unos sesenta oficiales, siete esclavos del rey y un centenar y medio de mujeres; y suenan los nombres del maestro mayor Pedro Salvá con su paga diaria de dos sueldos cuatro dineros, y el de Pedro des Puig que labraba por catorce libras cada una de las columnas de la galería. Fué una fortuna que en su memoria pudiera aprovechar el ilustre preso de Bellver estos preciosos datos, mediante el reconocimiento del libro por mano ajena, siendo el primero en publicarlos con notable adelanto á su época. Poco hay que añadir á lo que averiguó su diligencia, auxiliada por los manuscritos del P. Cayetano de Mallorca, del paborde Terrassa y de otros curiosos y eruditos de entonces. El cerro en que se fabricó el castillo era antes viña que se llamaba *Puig de la Mesquida*, lindante con el camino de Portopí; y en 1281 Ferrario Violeta, que lo tenía por el rey á censo de cinco morabatines, establece veinte cuarteradas de ella á Arnaldo Sagarra y al siguiente año otras veinte y ocho. Jaime II dejó concluido en diez años el monumento, y en Junio de 1314 y Julio de 1322 fechaba ya órdenes en aquella real morada el rey Sancho su hijo.

retraído de la política casi siempre contaminadora, su natural melancolía y su religiosidad grande le trajeron á escribir de la arquitectura y de las épocas que tanto á aquellas cualidades suyas convenían y en que éstas, favoreciéndose de su extrema discreción, con tanto ahínco se cebaron? Así puestos en alta cumbre, clavamos con placer los ojos en las cumbres azuladas, que bellísimamente y sublimando el alma se pierden en el horizonte, y los apartamos del hondo valle adonde hemos de descender y en el cual nos amagan nuevos trabajos, nuevos contratiempos; que sobradamente es cierto, como lo cantó un poeta antiguo (1), que en los días de la desgracia cualquiera tiempo pasado nos es mejor que los presentes. Sea como fuere, su imaginación activa y penetrante, remontándose á los principios de la casa mallorquina cuando Bellver estuvo en pie y pudo hospedarla, desde los altos adarves pidió su espíritu é inspiración á la risueña bahía, á la vistosa Palma, á las alegres campiñas, á las encantadoras crestas que en inmenso panorama se desplegaban de todas partes á su vista; y á la manera con que el ruiñón cautivo hace resonar con sus trinos y sus blandos acentos su estrecha cárcel y enamora y entornece á su mismo carcelero, así Jovellanos, al explicar el origen de Bellver, pobló sus bóvedas y su galería de las sombras ya animadas, ya airosas y tiernas que hace siglos pasaron para siempre. Y pues no consienten los límites de estos apuntes copiar la mayor parte de aquella Memoria, séanos lícito recordar los siguientes trozos, ahora como siempre gratos aun á cuantos no los ignoran:

«—¿Quién, pues, se detendrá un poco á contemplarla en aquellos antiguos destinos, que transportado en espíritu á tan remota época, y recordando el carácter y costumbres que la distinguían, no se halle sorprendido por las ideas y sentimientos que su misma forma presenta al hombre pensador? Porque

(1) Jorge Manrique.

figúrese usted (1) este castillo cercado de un ejército enemigo, embarazado con armas y máquinas, y lleno de caballeros, escuderos y peones ocupados en su defensa. ¿Qué, no tropezará usted con ellos en todas partes, subiendo, bajando, corriendo y haciendo resonar en torno de estas huecas bóvedas la estrepitosa vocería del combate? ¿Y no le parecerá que ve á unos jugando desde los muros y torres sus armas ó máquinas, ó asutando sus tiros al abrigo de las troneras y saeteras, y otros en la barrera exterior presentando su pecho al enemigo, mientras los más distinguidos defienden el pendón real que sobre el Homenaje tremola al viento los blasones de Mallorca? Pues y los sitiadores, ¿cómo no figurárselos arremolinados por la cima del cerro, lanzando desde sus tornos, algarradas y manganillas uu diluvio de dardos y piedras sobre los sitiados, ó bien apiñados en derredor de los muros y barreras, lidiando y pugnando por vencerlos?... Pero en otro tiempo y situación ¡cuán diferentes escenas no presentarían estos salones, hoy desmantelados, solitarios y silenciosos! ¡Cuál sería de ver á los próceres mallorquines, cuando después de haber lidiado en el campo de batalla ó en liza del torneo á los ojos de su príncipe, venían á recibir de su boca y de sus brazos la recompensa de su valor!... ¿Quién, pues, recordando aquella época en medio de estos salones, cuya gallarda arquitectura armoniza tan admirablemente con tales destinos, no se detendrá á meditar sobre lo que en otro tiempo pasaba en ellos? De mí sé decir que á veces se me presentan tan al vivo aquellas fiestas, que creo hallarme en ellas; y siguiendo la voz y los pasos de sus concurrentes, admiro la enorme diferencia que el curso de pocos siglos puso entre las ideas y costumbres de aquel tiempo y del nuestro. Ya me figuro á una parte á los ancianos caballeros, tan venerables por sus canas como por las cicatrices ganadas en la guerra, hablando

(1) Creemos inútil advertir que esta Memoria es una carta dirigida á D. Agustín Cean Bermúdez.

de las batallas arrancadas y peligrosos fechos de armas de un buen tiempo pasado, mientras que ahora los vigorosos paladines tratan sólo de justas y torneos, encuentros y botes de lanza, despreciando en el seno mismo de la paz la fatiga y la muerte. A veces creo ver á unos y otros mezclados con los donceles y caballeros noveles, que en la mañana de su vida adornaban ya las gracias de su edad con el respeto á los mayores; y entonces así admiro la reverente atención con que estos mozos sabían oír y callar, como el celo con que los viejos desenvolvían ante ellos cuanto una larga experiencia les enseñara en los duros ejercicios de la guerra y la caza. Si se trataba de la primera, marchas, correrías, peleas, cercos, asaltos de plazas eran materia de sus conversaciones; si de la segunda, alanos y sabuesos, osos y jabalíes, garzas y gerifaltes la llenaban. Duros encuentros en la guerra, estrechos lances de montería y cetrería era su delicia en la paz; sin que por eso se desdeñasen de hablarles alguna vez de armas y caballos, lorigas y cimeras, adornos y paramentos militares para temporizar con su edad y aficionarlos más y más á estos ejercicios — .»

Mas estas imágenes poéticas ó risueñas, de que la fantasía de este grande escritor llenaba el castillo, mal concuerdan con la realidad de su historia: testimonio el mayor de la grandeza de ánimo y mansedumbre de aquel claro varón, que de tal manera revistiese de atractivos su misma cárcel, cuando todo le convidaba á pintarla con los colores de la melancolía. No resonaron jamás sus bóvedas con la poética defensa, que él se describió á sí mismo; los lais, virolais, tenzones y serventesios de la lira lemosina bien poco trajeron á aquella mansión los amores, el placer y la cortesanía. Los odios de familia tal vez apresuraron su edificación, cuando la llevó á cabo D. Jaime II, avisado por la persecución y la desgracia de cuánto debía fiar en la lealtad de sus deudos aragoneses; la traición y la cobardía lo entregaron, como á toda la isla, al usurpador D. Pedro *el Ceremonioso*, haciendo vanas la fidelidad, constancia y denuedo del